

## RECUERDOS CON HISTORIA, 119

### UN SABLE DE ANTIGUO REINO

“Una vez, hace muchos años, hubo un viejo Reino gobernado por un antiguo Rey...”

Así comenzaban las historias que nos contaban nuestros yayos y que nosotros, infantes como éramos, escuchábamos con absoluta devoción. ¿Y qué más pasó abuelo? Y el abuelo, la abuela, infinita paciencia, inventaban un final feliz para que esbozáramos una sonrisa y también fuéramos felices.

Lo que contaré a continuación va también de viejos reinos y antiguos reyes con el detalle que esta vez ambos serán auténticos. Me refiero al desaparecido reino de Sajonia y al que fue su rey Alberto I que reinó entre 1873 y 1902 año, este último, de su fallecimiento.

Pocos saben ya qué fue del citado país, de sus cuitas y sus andanzas, de sus anhelos, desesperanzas e ilusiones. En la siempre complicada Europa del presente parece como si habláramos del Paleolítico Inferior.

- *¿Sajonia? Connais pas...*

En el feroz e impío transcurso de los siglos las cosas han ocurrido como han ocurrido y no se pueden cambiar. Como mucho, se podrán contar de formas diferentes pero nunca podrán transformarse. Lo que pasó es inmutable e inamovible.

Pensemos en el antiquísimo **Sacro Imperio Romano Germánico**, recordemos que estaba formado por diversidad de regiones más o menos singulares y autónomas, evoquemos que una de ellas

era Sajonia y concluyamos, finalmente, que aparece Napoleón con su Grande Armée, vence en Austerlitz y, como un terremoto fatal, se hunde el Sacro Imperio. Acto seguido Sajonia, como en un encantamiento y con la ayuda francesa -todo hay que decirlo- se convierte en Reino.

Eso es, ni más ni menos, lo que aconteció. Luego vino, con los años, lo que también relatan los cuentos de princesas y las leyendas fabulosas: la sucesión de reyes, las fiestas palaciegas, los lujosos uniformes y la creación de las Guardias Reales con la delicada misión de proteger al Rey. A eso vamos, para centrarnos en el reinado de Alberto I de Sajonia y a los componentes de su Guardia personal que, a decir verdad, no difería mucho de las que entonces estaban en boga en las diversas cortes europeas.

Con gran pompa se casó Alberto I, aún siendo príncipe, con la princesa Carola de Suecia -la más bella princesita de Europa- en la catedral de Dresde, la elegante capital del Reino. Acudieron invitados de todas las casas reinantes europeas que hicieron brillar, con sus uniformes y condecoraciones, las marmóreas e iluminadas salas de baile de palacio.

Un poco antes, en 1849, el todavía príncipe Alberto actuó con bravura y decisión en la Guerra de los Ducados como capitán del ejército. Más tarde, dada su rotunda formación militar, Alberto de Sajonia hubo de participar en la Guerra Austro-Prusiana de 1866 y en la Franco-Prusiana de 1870. Tres sacudidas dolorosas que no suelen salir en los cuentos de hadas de los lejanos reinos de fábula.

Cuando Alberto I es nombrado rey en 1873 ya hacía un par de años que Sajonia era uno de los reinos más potentes del 2º Reich iniciado, como se sabe, en 1871 y finiquitado en 1918 con el fin

de la 1ª Guerra Mundial y la fulminante caída de todas las Águilas Imperiales participantes.

No hace falta decir que el Rey que nos ocupa disponía de una impresionante Guardia Real que era algo así como el ojo derecho de Su Majestad. Siguiendo el hilo, entremos en el tema que deseamos presentar puesto que no podía haber la menor duda que para esa Guardia Real se diseñó un sable de categoría digno de tal alto cometido.

Así fue. Se tomaron como base los diseños y modelos de sables de la caballería prusiana, fundamentalmente el modelo 1852 de gran cazoleta calada de acero con gavilanes planos y poderosa hoja, sable del que el Ejército Español, como bien se sabe, tomó nota alumbrando la *moda y estilo prusianos* con la primera versión del sable de 1860.

No obstante, en esta ocasión y dado el elevado destino del arma, los sajones quisieron ennoblecer el sable fabricando toda la guarda en robusto y grueso latón para distinguirlo del resto fabricados en acero. Por si eso fuera poco estaba previsto situar en el ancho aro un escudo con las Armas de Sajonia moldeado en metal blanco para contraste con el latón. El citado escudo iría sujeto mediante dos espigas posteriores introducidas en dos agujeros expresamente hechos en el aro. Un par de tornillos interiores darían firmeza al conjunto.

Es decir, un escudo de quita y pon. Y ese fue uno de sus problemas pues con tanto quita y pon al final se quedaron muchos ejemplares con el *quita* y no volvió el *pon*. Lo que traducido significa que se encuentran sables de este modelo (con mucha suerte y los dioses a favor) con el escudo desaparecido hace años quedando bien ostentosas las dos

trepanaciones del aro. Así los hemos visto en algunas colecciones particulares y en el Museo Real del Ejército e Historia Militar de Bruselas donde figuran dos ejemplares de este sable sin la presencia de sus escudos.

Para equilibrar esta lamentable pérdida la Historia ha dejado sus indelebles marcas tanto en las guardas como en las vainas y hojas de tan preciados sables. Las marcas no van “atornilladas” y, por ende, no se pueden perder. A partir de su estudio sabemos del origen, fabricación y destino de cada sable llegando a poder apreciar incluso el escuadrón al que pertenecía y el número de la plaza o soldado portador. Si las mismas marcas coinciden en guarda y vaina el feliz propietario bien puede dar un par de saltos de alegría (mejor una docena) porque no es cosa que ocurra cada día.

Tanto en Sajonia como en Prusia a los modelos para caballería de 1852 se les llamaba *Kavalleriesäbel* y a los destinados a la Guardia Real de Alberto I de Sajonia **“Gardereitersäbel 1867”** cosa que confirman las marcas situadas en guarda y vaina del sable que presentamos. Existía un solo regimiento de la Guardia dividido en escuadrones con las lógicas misiones dentro y fuera de palacio.

Esa es la historia. Quédense las consejas y las fabliellas de gnomos, princesitas herederas, príncipes encantados y reinos de ilusión para seguir contándolos a la infancia a no ser que ésta esté distraída con el teclado de un ordenador. Al fin y al cabo, el remoto Reino de Sajonia hace justo cien años que ya no existe.

**Vicente Navarro Serra**  
**Diciembre, 2018**



El pintor Paul Kiebling realizó este excelente retrato del rey Alberto en 1876. Actualmente ubicado en la colección del museo de Leipzig.



Vista del sable en toda su poderosa presencia. Guarda en grueso y bien trabajado latón con la clásica hoja “prusiana” que bien conocemos en España. Vaina con anillas fijas.



Las marcas: **G.R. IV. 16.** en guarda y vaina. Escrito en su lengua sería: “**Gardereiter-Regiment, 4 Eskadron, Waffe 16**” es decir: “Regimiento de la Guardia, 4º escuadrón, arma 16”.

A notar que el número del escuadrón está marcado en cifras romanas en la guarda y en números arábigos en la vaina.



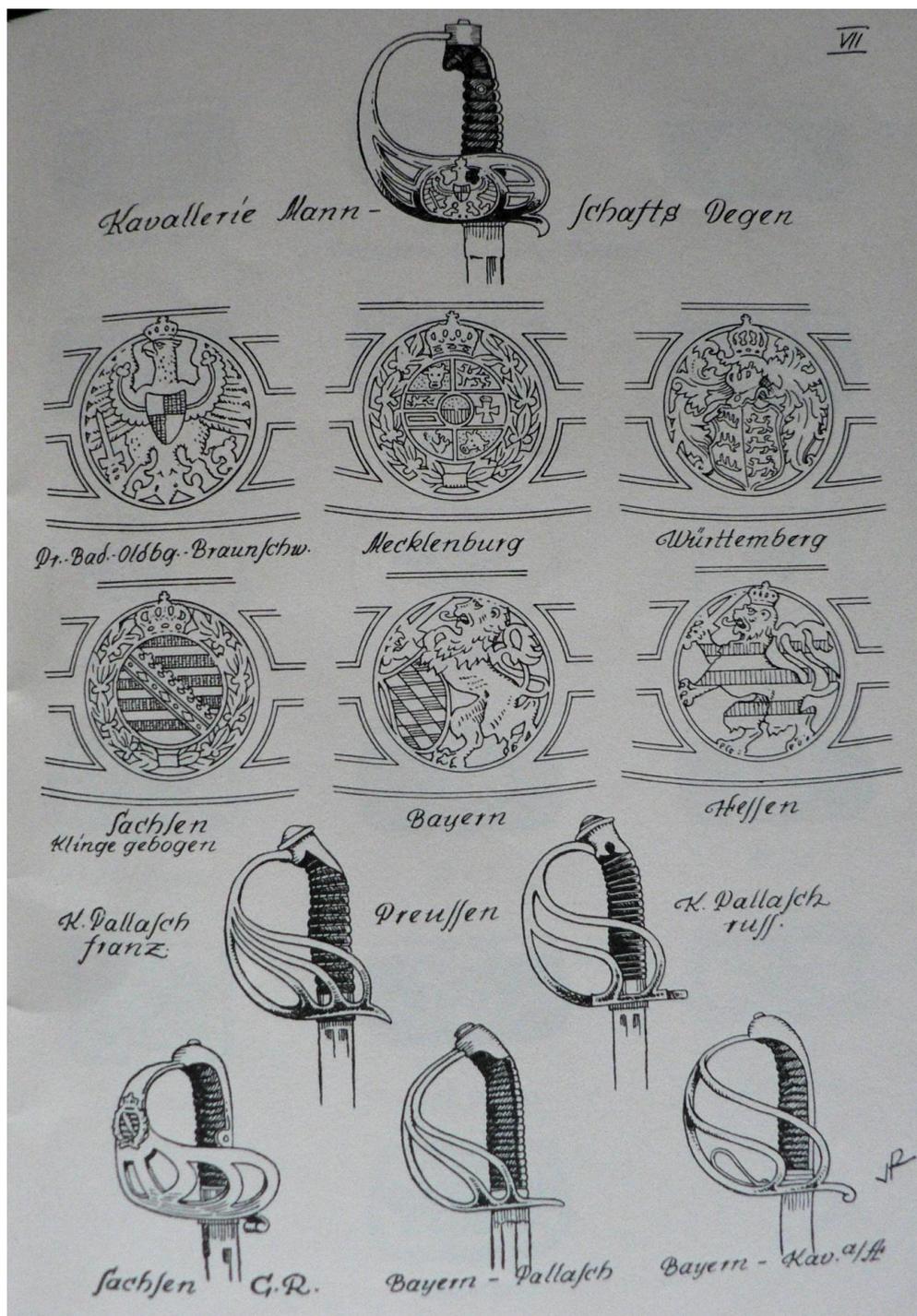
La cifra del rey bajo corona real: **A.R.** (Albert Rex)



Perfecta marca de fábrica, situada en el talón de la hoja, del conocido fabricante de Solingen **P.D. Lünenschlos** empresa fundada hacia 1810 y que tantas armas blancas marcó (sables, bayonetas...) hasta la 2ª Guerra Mundial.



Los dos orificios para el paso de los espárragos del emblema.



Página del libro de “**Uniformen des deutschen Heeres**” en la que queda bien patente –abajo a la izquierda- que el sable aquí estudiado llevaba las armas de Sajonia en el centro del aro.



Soldado de caballería del Regimiento de la Guardia Real (Garde-Reiter) de Sajonia. Fotografía hecha en 1890.



Interesantísima postal coloreada, también de 1890, en la que podemos observar la formación de un pelotón de la Guardia de Alberto I frente a la puerta del palacio real de Dresde.

Lástima que el “coloreador” olvidara realzar en “oro” las guardas de los sables como sí hizo con los cascos.